

LUIS GONZALEZ Y GONZALEZ

Originario de San José de Gracia, Mich., en donde nació el 11 de octubre de 1925.

Historiador. Es autor de *El optimismo nacionalista como factor de la Independencia de México* (1948); *Fray Jerónimo de Mendieta* (1949); *Historia moderna de México. La república restaurada. Vida social* (en colaboración con Emma Cosío Villegas, Guadalupe Monroy y Armida de González (1956); *El agrarismo liberal* (1958); *Fuentes de la historia contemporánea de México. Libros y folletos*, 3 v. (1961); *El Congreso de Anáhuac* (1964), en las que campea grácil y fina prosa. Su última obra: *Pueblo en vilo* (1969) es la historia de San José de Gracia, Mich.

Fuente: Luis González y González. *La vida social*, en Cosío Villegas, Daniel, et. al. *Historia moderna de México. La República restaurada*. Buenos Aires, México, Editorial Hermes, 1956. XXXIV-1011 p., p. 302-310.

EL CHAN SANTA CRUZ

La generalidad de los yucatecos sabía poco de los indios indómitos del Sureste: se les temía por crueles y adoradores de una cruz que exigía sangre humana con frecuencia. En su honor sacrificaron en una ocasión a muchos prisioneros. A los niños que lloraban por sus madres los asieron por los pies y los mataron golpeándolos contra la pared y el suelo.

Las mujeres fueron conducidas extramuros de la ciudad, desnudas, violadas, atadas a estacas, puestas al sol y abandonadas en esta situación hasta cerca del anochecer, cuando volvieron los indios y principiaron la obra del tormento. Todos ellos tenían machetes, y con éstos empezaron a herir a las víctimas, cortándoles tajadas de los brazos, muslos y pechos.

Años después, cuando cayeron sobre la rancharía de Xuxub, ataron a Mr. Stephens a un cocotero delante de sus sirvientes que le lanzaban soeces insultos, y luego lo sometieron a tormento y acabaron matándolo. En Maní hicieron otra fechoría inolvidable: llegaron cierto día al pueblo. Las familias atemorizadas, se refugiaron en el templo que

..henchido de ancianos, de mujeres y niños que buscaban

amparo en ese sagrado recinto, fue invadido por la turba desenfrenada, y los refugiados allí todos fueron pasados a cuchillo.

La iglesia quedó convertida en un lago de sangre en que nadaban los cadáveres; cuando un jefe blanco se asomó a ella después de que los salvajes abandonaron la población, un niño herido se revolcaba todavía entre la sangre de su madre.

También se decía que los cruzoob eran dados a las bravatas. El comandante militar de los rebeldes, Crescencio Poot, amenazó en 1869 a los blancos en forma un tanto despiadada:

“Hoy me hallo en Tibilón con leales de nuestro padre, presto para pelear con los que quieran, pues a eso estamos. . . Nosotros no sólo peleamos con el gobierno, sino hasta con el rey de ustedes. . . Tenemos tropa, parque, para quemarles a todos ustedes. . . Pronto les voy a quemar a Mérida.”

Sin embargo, se compromete a no hacerles nada si los blancos aceptan ser vasallos de los indios y si en señal de vasallaje se presentan ante el dios padre de Chan Santa Cruz, pero: “si ustedes no se presentan —agregó— les agujereo los hocicos como las reses al cogerlas y en los árboles que yo quiera, los cuelgo”.

Mas el yucateco blanco sabía muy poco de la religión y de la organización política que se dieron los cruzoob a poco de haberse hecho independientes; sólo sus aliados, los británicos de Belice y algunos curiosos fuereños que se asomaron a Chan Santa Cruz, vieron lo que acontecía en el país de los cruzoob, que abarcaba una vasta zona del sureste de la península yucateca, hasta Tulum, por el Norte, y por el Sur hasta el lago Bacalar. Los cruzoob, contra la opinión de los mexicanos, que tendían a exagerar su número, no pasaban en 1867 de 40,000, y no los gobernaba una reina, como informó un soldado en 1870. El gobierno consistía en un triunvirato y una comandancia militar residente en Chan Santa Cruz, capital del estado independiente. Fred Aldherre, que la visitó en 1865, la describe como “un montón de rústicas y miserables casuchas colocadas aquí y allá, sin orden ni simetría”. Entre ellas se levantaban dos vigorosos edificios de calicanto en cuya construcción, al decir de Aldherre, no tomó parte el buen gusto; uno era, a la vez, habitación de los triunviros y templo, y el

otro comandancia militar. En torno a estos edificios giraba la vida de los 1,000 ó 1,500 habitantes de Chan Santa Cruz; el resto de la población, formada principalmente por labradores, moraba en los pueblos de Chancab, Xcom, Santa Rosa, Princi o en rancherías de escasa importancia. El sumo sacerdote, el Tata Polin y el órgano de la divina palabra, componían el triunvirato supremo del país, que de común acuerdo llevaba las riendas de la administración pública, hacía justicia y dirigía el culto. Su poder era absoluto y se hacía pasar como portavoz de la voluntad divina.

Con frecuencia se oía en Chan Santa Cruz un toque de corneta que convocaba al pueblo para asistir a una entrevista entre Dios y los triunviros, cosa que ocurría al anochecer. A eso de las ocho, las campanas del templo y las cornetas de la banda militar anunciaban la llegada de Dios; los triunviros ocupaban sus puestos en una especie de pequeña cámara abierta en la pared, y "el populacho, agrupado dentro y fuera del templo, esperaba asustado y tembloroso". De pronto, en medio del rumor de mil respiraciones contenidas, surgía un sonido agudísimo: era el pito del órgano de la divina palabra, la voz de la divinidad. En seguida el sumo sacerdote interrogaba a Dios; el órgano de la divina palabra respondía a las cuestiones que se le planteaban, y el Tata Polin, levantando la voz para hacerse oír de la muchedumbre, trasmitía la sacra respuesta, que generalmente ordenaba la muerte de algún cruzoob o de grupos de prisioneros.

La justicia que impartían los triunviros era draconiana; aun los altos jefes militares eran sometidos a severos y denigrantes castigos. La más mínima falta daba lugar a terribles azotainas, y de los tormentos a los prisioneros ya se ha dicho algo; pero conviene agregar que no siempre se mataba a las mujeres cautivas; muchas veces se les degradaba a servir de criadas de ínfima categoría: debían preparar la comida, coser la ropa, regar los jardines, limpiar los gallineros y las pocilgas, y desempeñar otras tareas requeridas por el sumo sacerdote y sus ayudantes. De los prisioneros varones sólo los músicos recibían un trato esmerado; por algo era famosa la banda de Chan Santa Cruz formada por músicos cautivos.

Los triunviros mantenían muy buenas relaciones con los ingleses de Belice, que les vendían pólvora y armas. Contra lo afirmado por las autoridades anglobeliceñas, pudo comprobarse la veracidad de la declaración hecha por el diputado

Joaquín Alcalde ante el Congreso acerca de que los ingleses proveían de buena pólvora y de excelentes rifles a los indios a cambio de permitirles cortar madera dentro del territorio de Yucatán. Gracias al constante auxilio recibido, los cruzoob pudieron mantener a lo largo de muchos años un ejército bien armado.

Tata Chikihuie, nombrado por los triunviros, estaba al frente de este ejército y lo auxiliaban en sus funciones varios militares de elevada jerarquía; gozaba de amplios poderes para conducir la guerra, y la tropa a sus órdenes iba armada con fusiles de chispa y machetes. El supremo comandante militar durante la República Restaurada fue Crescencio Poot, quien nunca desaprovechó la ocasión de molestar a los blancos. Entre sus subordinados se contaban algunos oficiales experimentados que habían pertenecido al ejército federal, como el coronel José Muñoz, que decía a sus antiguos correligionarios en 1869: "Ya se llegó el tiempo de que me paguen lo que me han hecho."

La circunstancia de que los cruzoob no hubieran revivido la vieja religión maya asombraba a Fred Adherre: "¿Será que han olvidado sus tradiciones, o que estos indios no representan la raza pura y originaria conquistada por los españoles?" Lo cierto es que confeccionaron un culto singular, mezcla de cristianismo y paganismo, cuyo eje era la adoración de la gran cruz mágica y parlante de Chan caída del cielo a principios de la guerra para auxiliar a los indios. En su honor se construyó parte de uno de los dos palacios de la capital y dentro de ella una cámara que se llamó la Gloria, a la cual sólo tenían acceso los sacerdotes y donde se colocó la cruz milagrosa.

¿Había alguna relación entre este culto y el ritual de los mayas prehispánicos para honrar el árbol verde del mundo que se presentaba en forma de cruz? La cruz mágica de los cruzoob es un remedo de la cristiana, y así parecen indicarlo las ceremonias de su culto: parodias de misas católicas, rosarios y novenas. Las fiestas religiosas que tenían lugar en Chan Santa Cruz y a las que acudían multitud de peregrinos, no recordaban las fiestas mayas de la edad prehispánica; se celebraban de una manera más o menos ortodoxa el 8 de diciembre, día de la Concepción de la Santísima Virgen María; el 3 de mayo, día de la Santa Cruz, y el jueves de Corpus y los días de la Semana Santa. No se conoció en detalle el culto a la cruz, de donde tomaron su nombre los cruzoob, y por lo

mismo, parece imposible precisar en él las reminiscencias mayas. Que no fueron importantes lo da a entender el hecho de que a mediados del siglo XIX los indios sabían muy poco de la vida de sus antepasados, mucho menos, desde luego, que los blancos. Así como perdieron el dominio de la tierra, los naturales, olvidaron sus antigüedades: tierra y pasado quedaron a merced de los conquistadores, y si los cruzoob lograron recobrar la tierra, no recuperaron la cultura clásica de los mayas.

El culto a la cruz parlante de Chan pudo haber sido el germen de una nueva cultura; de hecho, sólo fue el pretexto de unos cuantos perseguidos por las autoridades mexicanas. Aunque los tres grandes de Chan Santa Cruz y el comandante militar que derivaban su poder de la cruz trataron de aumentar el número de sus adeptos, con su gobierno tiránico no consiguieron sino disminuirlo.

Entre los pocos que acudieron al llamado de los cruzoob se contaban unos 100 chinos escapados de las plantaciones británicas de Belice, y que en el territorio de Chan Santa Cruz encontraron ocupación como milperos; también algunos criminales y malvivientes del norte de la península fueron en busca de refugio a las tierras de las cruces, y no faltaron tampoco soldados desertores que engrosaron el ejército de los rebeldes, como el coronel Muñoz y su tropa. Con todo, parecía ser mayor el número de quienes año con año abandonaban el difícil paraíso de los cruzoob que el de los conversos. El severo régimen teocráticomilitar restaba atractivos al estado de Chan Santa Cruz, de modo que cuando Crescencio Poot colocó a la población del norte de Yucatania ante el dilema de incorporarse a él o de ser aniquilada por sus fuerzas, los yucatecos no vacilaron, y hasta los indios esclavos prefirieron resistir el empuje del bárbaro a someterse a la férrea tiranía de los triunviros y del comandante militar.

Los Tímidos Sureños. El 29 de septiembre de 1871 decía *El Monitor Republicano* que el tercer enemigo de la península yucateca eran los indios llamados pacíficos. Su población, formada con algunos de los indios alzados en 1847, se estableció en la selva, al poniente de los cruzoob y al sur de los indígenas sumisos y de los blancos; desde mediados de siglo se dejaron de pleitos: después de celebrar tratados de paz con el general Vega, se mantuvieron independientes de las autoridades nacionales, pero pacíficos y leales a sus costumbres. A pesar de

esto se les consideraba enemigos porque monopolizaban los terrenos más fértiles de la península con perjuicio de los blancos; luego, eran menos brazos para las haciendas; y albergaban además a los criminales perseguidos por la justicia blanca; en fin, desobedecían a los gobiernos de Yucatán y Campeche y al de la Federación:

Cualquiera que conozca la península de Yucatán dirá que sus tierras del Sur son las más fértiles... los indios que se han apoderado de todas estas tierras, no dejan cultivarlas a personas ajenas, ni permiten que los extraños se establezcan en sus pueblos, ni siquiera aceptan comerciar con ellos o transitar por sus tierras. Además,

...guarecen a los sirvientes que, obligados por la justicia al trabajo en virtud de compromiso, que voluntariamente contrajeron, se acogen a su territorio.

Con suma facilidad, los hacendados prestan dinero a los indios a cuenta de su trabajo, pero ¿qué sucedía "con éstos que se han comprometido al trabajo después de recibir el dinero"? Sucedió que cuando se les obligaba a cumplir con su compromiso, huían a refugiarse con los sureños, que recibían de buen grado a los criminales. *El Monitor* sacaba esta conclusión:

"De suerte que impunemente puede cometer un crimen en la parte culta de Yucatán... con solamente ganar el territorio de los pueblos sureños. Por último,

"...sustraídos, como están, los mayas del Sur a la obediencia del gobierno, son una rémora para el adelanto de Yucatán, y quién sabe si tal vez una hacha suspendida sobre la desgraciada península, que, al menor movimiento, caerá sobre ella."

Santiago Méndez creía en 1861 que los indios pacíficos del Sur eran más numerosos que los cruzoob. Se ocupaban principalmente en el cultivo de la tierra, aun cuando no faltaban entre ellos cazadores, pescadores, artesanos y comerciantes; también había ceramistas, carpinteros, cordeleros, tejedores, etc., y los de Icaiché, por ejemplo, obtenían algunos ingresos adicionales de las concesiones hechas a los colonos de Belice para cortar madera. En su conducta y creencias religiosas se mantenían fieles a ese cristianismo un tanto deformado que practicaban los indios sumisos de la península. Se apartaron de los cruzoob por diferencias religiosas desde el principio de

la guerra, negándose a seguirlos en la aventura de la nueva religión. En 1867 escribió Berendt de los sureños: "son católicos y consideran abominable el culto de los cruces", y ellos mismos se declaraban "un pueblo cristiano", aun cuando eran visibles algunos resabios paganos.

A la unidad de creencias y de actitud no correspondía la unidad política: los sureños se repartían en varios estados independientes y aun enemigos; se mencionaban como importantes los de Cheenxaan, Lochá, Mesapic Icaiché, Kantunil, Ixkanhá y Yokconot. De los tres primeros informa una persona fidedigna en 1870:

Acabo de hablar con Justo Chue, cacique del pueblo de Iturbide, y me ha asegurado lo que sigue: que el cantón de Cheenxaan no existe ya, porque los indios que lo formaban lo abandonaron; que los de Lochá y Mesapic hicieron el mismo abandono de esos puntos, dirigiéndose a Icaiché donde manda Canul, quien, no teniendo confianza en ellos, los mandó desarmar y pasar a cuchillo, en número de trescientos.

El cacicazgo de Icaiché era minúsculo; en 1866 se estimó su fuerza militar en 150 hombres y su población era de 1,700 individuos en 1889. Icaiché se consideraba en 1870 una rancharía, pero como enemiga de los cruzoob, era vista con simpatía por los blancos. Cuando murió Canul, el gran cacique de Icaiché, la prensa periódica de la península no ocultó su tristeza. El cacicazgo de Ixkanhá dominaba "un distrito de setenta kilómetros de largo por veinte de ancho, al sureste del lago Chichankonab, en la comarca de sabanas cercana a la jungla"; se calculaban sus habitantes en 8,000. En lo político, llevaba una existencia muy semejante a la de Icaiché, y el gobernador de Campeche confirmaba el cargo de cacique.

De los cacicazgos de Kantunil y Yokconot se sabía poco menos que nada; ambos, desde luego, gozaban de una independencia pacífica, al decir de *La Voz de Oriente*; ambos eran aliados de los ladinos contra los cruzoob. En 1872, la sociedad de Jesús María se dio a la tarea de reunir donativos para los indios de Kantunil:

El pequeño donativo que dé cada individuo para auxiliar a los indios de Kantunil producirá, sin duda, los mejores resultados para la seguridad de los pacíficos y acaso para atraer, por medio de la filantropía, a los mismos rebeldes. Esto no será una ilusión si se considera que los indios que ahora existen sublevados no pertenecen a la generación que se rebeló en

1847, que casi ha desaparecido; y la nueva generación que nos hace la guerra al presente no tendrá de nuestra raza más noticias que aquella que podría sugerir el odio que nos juraron sus padres; de consiguiente, debemos por nuestra parte desvanecer con hechos filantrópicos la idea terrible que se hayan formado de nuestra raza.

Hacer del cacicazgo de Chan Santa Cruz un cacicazgo como los de Kantunil, Icaiché e Ixkanhá, fue un sueño dorado para algunos yucatecos blancos.